



# La etnología araucana en el Poema de Ercilla

POR

TOMAS GUEVARA

---

*(Continuacion)*

---

## CAPITULO VI

### PRODUCCION INTELECTUAL DE LOS ARAUCANOS

Dos aspectos principales de la personalidad del araucano dan a conocer más que otros factores la intimidad de su pensamiento i el mecanismo de su raciocinio, que son, su desarrollo intelectual i sus especulaciones relijiosas, en las que exterioriza pasiones, deseos i emociones. Tan ligadas se hallan es-

tas dos particularidades de su sér, que no se podría separarlas al hacer un examen más o menos completo de la intelijencia indijena.

De manera que, para coordinar un estudio con otro i trazar un cuadro de conjunto, será necesario hacer aquí un brevísimo resumen de las emociones relijiosas de los indios, en particular de los antiguos, aunque han sido tratadas ya en este i otros volúmenes. En trabajos de controversia científica, suelen ser escusables estas repeticiones para la ordenación de las materias.

No distinguía perfectamente lo real de lo imaginario, i por eso creía en la positiva i verdadera existencia de los seres que lo visitaban en el sueño i en los que se manifestaban en el delirio i en el éxtasis.

No alcanzando a esplicarse el movimiento i la acción como manifestaciones naturales, atribuía a los cuerpos inanimados una fuerza oculta de prodijio, que los impregnaba i ponía en acción a semejanza de los animados. Percibía a la vez el objeto i las propiedades ocultas adheridas a él.

De aquí su propensión a antropomorfizar o zoomorfizar a todos los agentes físicos que le servían o amenazaban i a otros objetos de la naturaleza ambiente, como árboles, ríos, lagunas, rocas escarpadas, etc., que excitaban un sentimiento de temor, de asombro o veneración, restos cristalizados de un totemismo primitivo.

Los animales no eran en su concepto seres inferiores al hombre; algunas especies lo superaban por su fuerza i clarividencia. Impotente para defenderse del veneno o las garras i dientes de muchos, temíalos i evitaba agredirlos o hablar mal de ellos para no

provocar su enojo. Veneraba a los más poderosos o a los que contribuían al bienestar, i creía que de ellos provenían sus antepasados. Eran huellas de un lejano totemismo que no se borraron ni en las últimas comunidades familiares de los postreros tiempos. Si los antiguos indios se imaginaban que sus antepasados podían transformarse en animales sin serlo en realidad, los modernos conservaron el temor supersticioso por ellos i los invocaban. Los augurios numerosos acerca del grito, del vuelo i de la influencia de ciertas partes de las aves persistieron hasta el fin; la carrera a derecha o izquierda de algunos animales indicaron hasta los últimos períodos de la raza suerte próspera o adversa.

Invadía la conciencia araucana un bagaje místico amplio relacionado con la reencarnación. Sólo se restringió esta mitología, se descoloró e hizo confusa en la última época de la raza, al tamiz de varias generaciones i al contacto de la sociedad civilizada que la rodeaba.

Los espíritus de los antepasados, especie de manes de otras razas, sobre todo de los jefes memorables de las parentelas, erraban por algun tiempo cerca de las casas o cementerios, silenciosos, pacíficos, vijilando a los descendientes para defenderlos o para castigar con enfermedades a los negligentes con ellos i a los perturbadores de la tranquilidad comunal.

Llamábanlos en los momentos críticos, agradecíanles los servicios recibidos i les ofrecían comida i licor cada vez que había oportunidad para hacer esta ofrenda.

Personificaciones míticas de fantasmas i aparecidos, aumentaban el cortejo de los anteriores.

El medio cósmico se hallaba poblado de otros espíritus, malos de ordinario, que tomaban parte en la vida cotidiana del indio.

Más esparcida en el espacio que los anteriores estaba la voluntad maléfica o fluido mortífero que causaba todos los daños físicos i otros infortunios, en distintas formas i manifestaciones, flechas invisibles, insectos, reptiles, emanaciones, etc.

Los araucanos de ahora le dan el nombre de *wekufü*, i los misioneros asimilan sus manifestaciones a actos del demonio.

Entre los elementos de maleficencia que oprimían sin cesar a los indios se contaban los brujos, residentes en los bosques, en las quebradas, en las cuevas de los cerros, en las soledades i disfrazados por lo comun de animales, seres híbridos, viejas i hombres raros, a veces de ojos fosforescentes. Esta casta de endriagos temibles poseía el secreto de apropiarse i manejar el poder destructor de los *wekufü*.

Epunamun i también Pillán, fenómenos naturales antropomorfizados, tuvieron el gobierno supremo de los elementos, como las lluvias, tempestades, volcanes, guerra, etc., hasta que las ideas importadas borrarón poco a poco sus atributos i crearon otra entidad superior, el dueño de la tierra i de los hombres, concepción descolorida de Dios del cristianismo.

Mediante la majia, con sus plantas misteriosas, piedras de virtud oculta, evocaciones, danzas i manipulaciones diversas, el indíjena podía garantirse de los peligros o dañar a sus enemigos. Los operadores de la majia eran videntes, adivinos, chupado-

res de enfermedades i con más propiedad *mediums*, que evocaban a los espíritus al ruido de un tambor i simulando o experimentando éxtasis i convulsiones sagradas. Llamáronlos *machi* los araucanos modernos. Antes ejercían el *machismo* los hombres más que las mujeres, al contrario de lo que sucedía en los últimos tiempos de la historia araucana. Estos hombres usaban la indumentaria femenina, invertían la voz varonil por la de la mujer i practicaban públicamente la pederastia, sin que ello importara una ofensa a la moral o una perturbación a las buenas costumbres.

Hai que considerar también en este cuadro sucinto de las emociones relijiosas del indio su representación colectiva del alma.

Según han demostrado los trabajos recientes de algunos investigadores en etnología, es susceptible de modificaciones el concepto clásico del alma.

La escuela antropológica inglesa particularmente, dió a la representación del alma, conforme al sentir del hombre primitivo, una interpretación que ha sido de aceptación jeneral i servido de punto de partida a la doctrina del animismo.

En el hombre había dos componentes que le pertenecían, la vida i el espíritu o fantasma. Las dos aparecían manifiestamente en relación estrecha con el cuerpo: la vida, haciéndolo capaz de sentir, pensar i obrar; el fantasma siendo su imagen o su segundo yo. Uno i otro principio se representaban como separables del cuerpo: la vida podía alejarse de él i dejarlo insensible o muerto; el fantasma viajaba i se aparecía a personas que estaban distantes. El úl-

timo participaba de las cualidades del individuo en sus rasgos exteriores i psíquicos (1).

Esta alma o espíritu corporal es *el doble* de los etnólogos, historiadores i viajeros.

Las informaciones recientes de los investigadores de que hemos hecho mención, han llevado un aporte considerable al estudio de esta materia. De lo averiguado por ellos resulta que en las representaciones colectivas de muchas sociedades bárbaras americanas, negras i australianas, hai un agregado de emociones sagradas, complejo i difícil de explicar, que no concuerda con la idea tradicional del alma fantasma o imagen i principio vital.

Segun esos informes, los indíjenas de algunas colectividades consideraban tres órdenes de representaciones acerca de este particular: el hombre vivo, una esencia principal o espíritu i segundo espíritu complementario, que no era sino la continuación del primero bajo la forma de sombra.

El espíritu principal existía antes del nacimiento de la persona que lo llevaba i seguía existiendo independientemente después de su muerte, ya para incorporarse en un recién nacido, ya para quedar errante en el mundo. Acechaba en este caso la ocasión de pasar a un cuerpo humano o de ser espíritu con domicilio, aprovechando para ello hasta la ausencia momentánea de otro para reemplazarlo. Ordinariamente no abandonaba el cuerpo sino durante el sueño; solía escaparse también en el estornudo i en el bostezo. Su ausencia, acción cotidiana,

---

(1) Taylor, *Cultura primitiva*, pág. 428.

no causaba malestar físico alguno a la parte corporal.

Pensaba el indíjena que cuanto veía en su sueño eran aventuras de este espíritu principal.

El otro espíritu secundario o sombra, sólo entraba en acción al fallecimiento del individuo corporal, i continuaba simplemente en el país de los muertos la misma existencia que había llevado en la comunidad.

Esta distinción se aplicaba a todo lo que existía, principalmente a los animales, i cada entidad tenía su denominación respectiva.

De modo que el individuo cuando vivía, participaba de este espíritu que habitaba en él i el espíritu era independiente de él; en otros términos, él era el espíritu i a la vez no lo era. Semejante contradicción es propia de la lógica especial de los bárbaros, que se caracteriza por la incoherencia en la trabazón de sus ideas colectivas (1).

Difiere esta aceptación nueva del alma indíjena de la corriente de los antropólogos por circunstancias que saltan a la vista i no se anotan aquí por la concisión de estos capítulos.

Los araucanos antiguos i por persistencia menos distante en el tiempo, los de la época de Ercilla, participaban de estas emociones colectivas. Hasta en las últimas jeneraciones se notaban estos residuos de la existencia totémica.

En 1898 viajaba por la Araucanía el autor de estas páginas con su intérprete araucano e informador de muchos años, Lorenzo Coliman. Era este indíjena de

---

(1) A. P. Ellis. *The eye speaking peoples.*

inapreciable valor para inquirir de él i de otros tradiciones, costumbres i datos psicolójicos; porque había estudiado tres años en la Escuela Normal de Santiago i hecho las campañas de la guerra chileno-peruana de 1879, para volver a residir en distintas parcialidades como preceptor. Podía, pues, establecer distinciones entre las peculiaridades de las dos razas, i por su intermedio se facilitaba la tarea de adquirir cierta naturalización mental entre los araucanos.

Preguntándole un día sobre lo que pensaron su abuelo i su padre de la formación de las almas, nos contestó sin vacilar: «Que son espíritus que se entran en el cuerpo de un niño recién nacido». Agregamos: «¿Después de muerto el hombre?» Nos respondió: «Sigue el espíritu en el aire». «Decían también los mayores, agregó, que había una sombra. El cuerpo era aparte i en él corría el aliento, el latido, como corre el agua en la tierra». Confirmamos después datos tan claros con otros indíjenas viejos, no siempre con la misma precisión.

La lengua tiene términos para cada una de estas representaciones: alma o espíritu, *púlli* en los antiguos léxicos; también *alhue* significaba alma del muerto, espíritu malo de que se valían los brujos. *Neyün* es el aliento o cualidad inherente al cuerpo.

La idea corriente entre los araucanos de que los espíritus residían en el aire i reencarnaban en el hombre o en los animales i quizás para repetir indefinidamente esta operación, demuestra que la concepción jeneralizada entre los antropólogos sobre el alma no guarda identidad con las representaciones colectivas de esta raza. Otra prueba de que existían



espíritus en el espacio sin un domicilio humano que ocupar, era la creencia de los indios que las perturbaciones de los enajenados provenían de haber tomado colocación en su cuerpo espíritus malos. Ellos que estaban presionados por las propiedades misteriosas de los fenómenos i de las cosas, no podían tener ni una sombra de noción acerca de la herencia psicopática.

Hai que considerar que las modificaciones posteriores que ha experimentado entre los araucanos la noción del alma o espíritu, son el producto de un pensamiento ya avanzado por las ideas importadas; pero que conservó hasta lo último la distinción de un huésped espiritual dentro del cuerpo i de otro principio indeterminado e impenetrable a la razón del indio, el cual no acertaba a comprender si era sombra, palpitación, aliento o vida. Al araucano, en suma, no le ha preocupado ni sabe lo que es, no tiene un concepto uniforme acerca de ella, aunque siente intensamente una serie de representaciones o ideas que nuestra lógica distingue con ese nombre (1).

Otros investigadores en etnología llegaron a sostener que había muchas colectividades americanas, negras i australianas que distinguían almas múltiples. Pensaban en unas que todo sér humano tenía tres almas, en otras cuatro i en algunas hasta cinco, cada cual con fusiones distintas. Además, casi en todas partes se agregaba el alma de la selva, representada en un animal i vestigio de un totem primitivo. (2).

---

(1) Averiguaciones del autor a varios individuos de capacidad suficiente para informar bien.

(2) Mary Kingale, *West African Studies*.—*Bancroft the native of the races of the Pacific states of north*.

Sin embargo, estudios más científicos i detenidos han llegado a establecer que la idea de alma no se encuentra en los pueblos primitivos i en muchos en el estado más adelantado de la barbarie. «Lo que ocupa su lugar es la representación en jeneral mui emocional de una o varias participaciones (asociaciones sagradas) que coexisten i se entrecruzan, sin fundirse todavía en la conciencia clara de una individualidad verdaderamente una» (1).

«Lei de participación» llaman algunos etnólogos i sabios investigadores un principio de comunión de esencia o de asociación particular i de trabazón de las representaciones, propio de la mentalidad indígena. Las condiciones ocultas de prodijio aferradas a los seres, fenómenos i objetos, pasan de ellos a otros por contacto, trasfencia, simpatía, acción a distancia, etc. En la conección de las representaciones colectivas del bárbaro no existe la coherencia lójica de nuestro entendimiento; es un encadenamiento absurdo, con tales contradicciones, que sin conocer las particularidades de esta mentalidad, no acertaríamos a esplicarnos.

Entre infinidades de casos que tenemos anotados, citaremos uno. Cuando comenzaban las mediciones de la Araucanía, un ingeniero de la colonización se hospedó en una reducción de Puren. Al día siguiente, antes de irse practicó algunas observaciones con el barómetro i la brújula. Mujeres i niños se acercaron a ver esos instrumentos. Uno o dos días después cayó enfermo un niño de la casa. La creen-

---

(1) Dévy Bruhl, *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. Pájina 92.

cia unánime fué que la virtud oculta de los objetos del ingeniero habían causado un efecto maleficiario(1).

Este rasgo del alma, según nuestro lenguaje i entendimiento, se manifestaba sobresaliente en el cuadro de sus especulaciones sagradas. Envuelve, pues, una importancia primordial para conocer el modo de pensar i obrar, o mejor dicho, las actividades mentales de una sociedad que no ha salido del estado de barbarie, como los araucanos. Por el contenido de sus representaciones, el pensamiento indíjena llevaba en parte bastante apreciable ese elemento de lo misterioso que denominaba en su naturaleza. Razonaba, en consecuencia, místicamente.

La representación de la vida futura era otro hecho característico de las emociones religiosas del indio. Aparecía como continuación de la terrestre. El indio no moría; trasmigraba. La falta de recompensa i castigo i la facultad de reviviscencia constituían sus propiedades principales. Lo demás del viaje del muerto al través del mar, su permanencia triste o alegre en aquella mansión, eran detalles que concordaban con el mitismo exuberante de los indios.

Si esta particularidad mental del araucano daba por una parte un colorido esclusivo a su pensamiento, por otra completaba los rasgos propios de su intelectualidad un desarrollo psicológico que difería esencialmente del que corresponde al civilizado.

Todas o casi todas las agrupaciones étnicas americanas se hallaban en un estado de retraso intelectual, que se debía no a una conformación defectuosa del cerebro, sino a una detención o inactividad

---

(1) Noticias de Lorenzo Colimán que era de Purén.

funcional. Aparecían mui desarrolladas, por más actividad, las funciones primarias, como la visión, el movimiento, etc., i ostensiblemente se manifestaba la disminución de las facultades psíquicas superiores, que, segun opinión conocida de anatómicos mui autorizados, «son el resultado de la contribución funcional, por medio de las vías de asociación, de muchos de los centros primarios i secundarios».

El araucano participa como las demás colectividades indíjenas de esta incapacidad funcional. El cerebro de los indios contemporáneos posee la misma disposición de surcos i circunvoluciones que el civilizado; a lo menos es lo que hasta hoi se sabe (1). A pesar de esto, las actividades del cerebro se desarrollan de modo diverso: las sensoriales i las motoras adquieren por el ejercicio un desenvolvimiento fuera del orden regular, mientras que las facultades psíquicas superiores permanēcen en reposo, detenidas por deficiencia funcional. Sin embargo, en este orden de actividad no aventaja al individuo de origen europeo, que lo supera por la educación de los sentidos i los movimientos.

Es lójico suponer que esta constitución psicológica fué la misma de los araucanos del siglo de la conquista.

A causa de esta limitada actividad funcional de las facultades superiores, nuestros indíjenas han tenido que experimentar necesariamente un retardo

---

(1) Opinión del doctor don Aureliano Oyarzún, de Santiago, i datos de los doctores de Temuco, Juan B. Faundes i Moises Allende. El último como médico de ciudad había practicado muchas autopsias médico-legales.

intelectual. Lo científico es por esta razón incluirlos en el tipo motor, en el que no se verifica la proporcionalidad evolutiva: su desarrollo psicológico podría llamarse, por lo tanto, unilateral. Es, por lo demás, la clasificación adoptada para otras sociedades retrasadas.

En el individuo de cultura evolucionada la producción mental guarda un paralelismo en las dos actividades, intelectual o psicológica i motora, que en señaladas ocasiones se desequilibra. Esta doble actividad funcional podría llamarse bilateral.

El factor intelectual se encuentra estimulado en este caso por el mayor número de conocimientos suministrados por la instrucción, por la más dilatada experiencia de la vida, el ambiente social de constante progreso, la herencia de cualidades mentales que se transfieren de una generación a otra.

Todo esto falta al indíjena, es decir, la noción del mundo exterior, representaciones de la vida social, ideas de la realidad objetiva i sucesión del tiempo: de aquí proviene su inercia mental. No sería acertado pensar que se halla cerrado al perfeccionamiento por la educación i la herencia; pero estos medios son de efectos tan lentos, que requieren largos plazos para producir reacciones. Hai cierta periodicidad en la formación de una mentalidad nueva del indio.

Un enunciado rápido del contenido psíquico del araucano dará a conocer con exactitud la diferencia funcional de las dos razas. Principiaremos por las funciones sensoriales i motoras.

Se ha comprobado por los estudios de sociología étnica i por las observaciones de los viajeros que los indios americanos poseían una potencialidad en los

sentidos no inferior a los europeos, bien que menos afinados. Es lo que se comprueba también con referencia a los araucanos.

La visión es potente en ellos, más no alcanza a la percepción de las variaciones mínimas, porque no cabe duda que existe concordancia entre la atención i la acuidad visual, como entre ésta i la intelijencia, se entiende que en un sentido colectivo i no individual.

El sentido cromático no es fino; el indio distingue sin esfuerzo ninguno los colores fundamentales, no así los matices intermedios.

Su intensidad visual no alcanzaba tampoco a distinguir la unión de diversos colores mezclados en la luz i en la vejetación, lo que contribuía a la negación del sentido estético.

La sensibilidad auditiva no se manifiesta en el araucano como en el civilizado. En éste se puede encontrar cierta relación entre la sensibilidad auditiva i la intelijencia, por lo cual percibe las variaciones más tenues, del sonido. El oído del indio no es apto para esta finura; no está educado para percibir la armonía. No distingue bien entre dos diapasones de diferentes número de vibraciones.

La música tiene rasgos que la especializan: monotonía rítmica, de ruido, i en lo técnico, una aglomeración sin arte de sonidos, que los compositores llaman escala natural.

Es gran aficionado a los estímulos sonoros, de estrépito, como el tambor, el cuerno i la cometa. En cambio, permanece por lo general inmutable a la música melodiosa. Hemos presenciado en Temuco un grupo de indias que oía sin ningún interés musi-

cal sentado cerca de una ventana, una ejecución majstral i suave en piano. Al revés, otro vimos que celebraba alegre i aplaudía con las manos una pieza de autopiano con tambor i platillo que sonaba en un restaurant.

El olfato i el gusto, sin ser obtusos, no tienen la agudeza que es propia en el individuo culto para distinguir una variedad crecida de olores i sabores. Nótese esta indiferencia gustativa en el agrado con que comen toda clase de alimentos i carnes descompuestas, que rechazaría el europeo. Este mismo paladar impermeable a las sensaciones de este sentido, se nota en el empleo excesivo del ají, de las bebidas alcohólicas fuertes, de sus chichas i fermentos de maíz o trigo.

Raro es oír entre ellos que designen la cualidad abstracta de un sabor, como dulce, amargo, ácido, agrio, agridulce, etc. No se detienen en lo que es ajeno a sus hábitos i poco aprehensible a sus sentidos.

La capacidad táctil de los indios ha existido siempre en buenas condiciones, aunque no en la proporción de que está dotado el individuo culto. El primero, que reside en un medio que carece de aplicaciones industriales, no ha tenido tanta oportunidad como el segundo para dirigir su actividad hacia las dedicaciones manuales.

Su sensibilidad térmica es distinta de la nuestra i se manifiesta con pocas alteraciones; resiste fácilmente las altas i bajas temperaturas. Contrarresta los fríos más intensos i las mojadas de las lluvias i de los ríos secando sus ropas a la llama del fuego permanente i por lo común sin desprenderlas del cuerpo. En las faenas agrícolas tolera sin esfuerzo

de resistencia los calores ardientes del sol de verano, aumentados en ocasiones con el de los roces o quema de bosques.

Quienquiera que haya leído la historia de las comunidades indígenas del sur o que las conozca de cerca, estará persuadido sin lugar a dudas de la pobreza de sensibilidad dolorosa que las distingue. Ha sido, pues, de todos los tiempos.

Sobrepasa en mucho a la sensibilidad física normal. En efecto, siempre sufrió el indio con impasibilidad que admiraba la sensación dolorosa de los tormentos de las encomiendas i los castigos que se le aplicaban como prisionero de guerra.

El dolor era en ellos no sólo sensación física sino que se hallaba reforzado por el acicate moral del orgullo de no aparecer como cobardes i del miedo a los peligros i daños futuros de la delación o escusas.

Hasta las mujeres participaban de esta resistencia del dolor. En 1899 asistió el autor a un *machitún* o curación de una mujer, en las cercanías de Angol, casada i con una enfermedad gangrenosa al estómago. A pesar de lo grave de su mal i de la sensación horrible que debía causarle, no se le oyó ni un quejido, ni una palabra que revelara el torcedor de sus entrañas. Pocos días después dejó de existir.

Existe una correlación entre la sensibilidad al dolor mecánico, térmico i eléctrico i el desarrollo intelectual i moral en los pueblos sin cultura. Cierto es que en el hombre civilizado puede haber concomitancia entre los elementos físicos i el intelectual; mas, seguramente aparece cierta inhibición creada por las circunstancias del momento i no por lo motivos que obran sobre el indio.



Por otra parte, esta falta de sensibilidad dolorosa no era propia de los araucanos únicamente. Los cronistas antiguos de todas las colectividades americanas i los estudios de etnología contemporánea, suelen aportar datos importantes sobre este particular, que dejan bien en claro la veracidad de este aserto.

Creencia mui aceptada ha sido la que el araucano antiguo superaba al español i el moderno al chileno en fuerza muscular. Es un error: más de un cronista ha noticiado que en ejercicios de prueba los primeros quedaban por debajo de los segundos. Datos recojidos por nosotros, observaciones directas en distintos lugares i comparaciones con nuestros jornaleros i trabajadores al día, nos han persuadido de que es menor por término medio la fuerza del indijena que la del individuo de sociedad adelantada. En ello influyen a no dudarlo la mejor nutrición del último i los medios de inmunidad que el progreso ha puesto a su alcance contra las infecciones.

Esta inferioridad del indijena al civilizado a este respecto, se ha podido comprobar en muchas agrupaciones americanas.

Las faenas domésticas i de la agricultura asignadas por costumbre a la mujer, favorecían el aumento de su fuerza muscular, que se aproximaba a la del hombre de su raza.

Las funciones musculares de nuestros indijenas aparecían extraordinariamente dilatadas por el campo de acción en que se ejercitaban. Daban una agilidad innegable a su organismo los ejercicios de épocas pasadas, como ascender cerros, correr en terre-

nos llanos, jugar a la pelota, practicar movimientos i manejos guerreros, recorrer grandes distancias, i los de todos los tiempos, como nadar, competir a la chueca i luchar tomándose del cabello, etc.

La adopción del caballo incrementó la agilidad motora de los araucanos de los dos lados de los Andes, hasta constituir indefinidamente el primordial elemento de su capacidad motriz.

Pero estas manifestaciones motoras tan considerables, tenían que ser, como todas las de otro orden, inferiores a las nuestras por algún aspecto. En este caso los ejercicios prácticos de los indios formaban una gimnasia natural, sin más norma directiva que la tradición. En cambio, en el medio evolucionado el movimiento se encuentra educado por una gimnasia metódica, de tendencias hijiénicas, que determina mayor armonía en el sistema muscular, actúa sobre el desarrollo intelectual porque ejercita la atención i la memoria, estimula no tan solo la disciplina sino también la decisión i la voluntad.

La enumeración precedente nos ha dejado ver las acentuadas diferencias que existen entre las funciones sensoriales i motoras de las colectividades bárbaras i las de los pueblos progresistas. Más honda todavía se presenta esta disconformidad cuando se asciende de los datos físicos a un análisis de las principales manifestaciones de la psiquis del araucano.

En el contenido intelectual del indijena hai dos lados que considerar: uno es la de los caracteres psicológicos i la manera cómo funcionan; el otro se relaciona con el complejo de lo oculto i prodijioso

que caracteriza a todas las manifestaciones de su espíritu.

Un observador que ha profundizado como otro ninguno estos problemas de etnología revolucionando lo preestablecido, se espresa así a este propósito: «Yo diría que, en las representaciones colectivas de la mentalidad primitiva los objetos, los seres, los fenómenos pueden ser, de una manera incomprendible para nosotros, a la vez ellos mismos i otra cosa que ellos mismos. De un modo no menos incomprendible emiten i reciben fuerzas, virtudes, cualidades, acciones místicas (misteriosas), que se dejan sentir fuera de ellos sin dejar de ser lo que son» (1).

Este *continuum* de fuerzas misteriosas, de principio de vida continua, comienza a reemplazar a la teoría del animismo tradicional. «La conclusión es que las palabras voluntad, o alma o espíritu merecen subrayarse. Hai algo verdaderamente en los seres i en los fenómenos, pero eso no es ni alma ni espíritu ni voluntad. Si fuera necesario idear una expresión, la mejor sería «dinamismo» en lugar de «animismo».

«Para esta mentalidad, el hecho desnudo, objetivo, apenas existe. Nada se le presenta sin estar envuelto en el elemento místico: cualquier objeto de su percepción, habitual o no, lo emite más o menos, i lo emite de una manera predeterminada, por la tradición» (2).

Como queda espuesto i documentado en este i otros volúmenes, hasta los araucanos contemporáneos han conservado mucho de la mentalidad de sus

(1) Levy-Bruhl, *Les fonction mentales*. 77.

(2) Levy Bruhl. *Les fonctions mentales*. 115.

antepasados en cuanto a las representaciones de los poderes secretos de los seres i fenómenos, aunque la esperiencia los ha aleccionado en el conocimiento de las cualidades esternas de los objetos (1).

El retraso producido por estos dos factores causales no llega hasta la inercia de las facultades intelectuales. Lo que realmente sucede es que su cerebro, sin estar afectado de ninguna lesión, solo se ha desarrollado espontáneamente, sin recibir del medio conocimientos que aumenten el caudal de su esperiencia. Nuestro indíjena ha tenido actividad de intelijencia, que es la movilidad pequeña o excesiva de sus capacidades i conocimientos o grado de diferenciación del pensamiento, pero dentro de su nivel intelectual, que es el conocimiento o grado de diferenciación del pensamiento. Es una intelijencia receptiva más que productiva, creadora.

Para saber cómo se desenvuelven las operaciones de la intelectualidad araucana, que no coinciden con los caracteres ordinarios de nuestro pensamiento, no tenemos más que describirlas i analizarlas directamente según las observaciones que hemos recojido en muchos años (2).

En el cuadro de las funciones intelectuales de nuestros aboríjenes, nada iguala en importancia a la

---

(1) Lorenzo Colimán nos dió muchas veces datos concretos acerca de este particular, que no discrepaban en el fondo de los anteriores. Colimán nos hablaba a menudo del alma o virtud oculta del catre, de la chueca, del zorro, etc.

(2) En el libro 8 de nuestra serie, *Mentalidad araucana*, hemos anotado muchas noticias documentadas. En este capítulo, para la hilación de la materia, hacemos una ligerísima revista con informes i observaciones nuevas.

memoria; es como el cimiento de su vida mental. Supera en amplitud a la del europeo. El investigador que hemos citado varias veces en este capítulo espresa el siguiente juicio. «Nuestro tesoro de pensamiento social se trasmite condensado en una jerarquía de conceptos que se coordinan i se subordinan los unos a los otros. En las sociedades inferiores, ese tesoro consiste en un número a menudo inmenso de representaciones colectivas, complejas i voluminosas, i se trasmite, pues, casi únicamente por la memoria. En todo caso el curso de la vida, ya se trate de cosas sagradas o profanas, un llamado que entre nosotros provoca, sin que tengamos necesidad de quererlo, el ejercicio de la unión lójica, despierta en el primitivo un recuerdo complejo i a menudo místico sobre el cual se regla la acción. Esta memoria aún tiene una tonalidad especial que la distingue de la nuestra. El empleo constante del mecanismo lójico implicado por los conceptos abstractos, el uso por decir así natural, de lenguas que reposan sobre ese mecanismo disponen nuestra memoria a retener de preferencia las informaciones que tienen una importancia preponderante desde el punto de vista objetivo i lójico. En la mentalidad prelójica (lójica especial del indíjena), la memoria tiene un aspecto i tendencias enteramente diversas porque su material es otro. Es a la vez mui fiel i mui afectiva. Restablece las representaciones colectivas complejas con un gran lujo de detalles i siempre en el orden en que están ligadas las unas a las otras, tradicionalmente, según las relaciones sobre todo místicas. Supliendo así en cierta medida a las funcio-

nes lógicas, ejerce también en la misma medida sus privilegios» (1).

Investigadores i viajeros que han estudiado o visitado sociedades primitivas o bárbaras, se sorprenden unánimemente de la memoria en extremo desenvuelta de los indígenas. Efectivamente, reconocen con toda precisión la huella de un animal o de un pájaro, conservan hasta en los menores detalles las imágenes de los lugares por donde han pasado; esta memoria topográfica raya a veces en lo prodijioso. El sentido de la dirección es igualmente en extremo vivo: jamás se extravían en el desierto, en el mar, en las costas o en las selvas intrincadas. Las fieles recitaciones de los mensajeros, que repetían largos discursos de un jefe a otro sin perder o cambiar una palabra, era otra forma de memoria admirable.

Los araucanos del último período i seguramente los antiguos, estuvieron dotados de una memoria mui vasta i tenaz, hasta cierto punto fotográfica en todo lo relativo a las personas, a los lugares i detalles de objetos particulares. No se les escapaba un solo rasgo de sus animales, i recordaban con exactitud el número de plantas que contenía cada uno de los pequeños espacios que formaban todo un regular sembrado.

Ampliamente desarrollada aparecía en ellos la memoria topográfica o visual, el sentido de la orientación, la retención de un cúmulo de pormenores en la dirección de los vientos i de los astros.

Se prolongaría demasiado este análisis con una aglomeración de hechos comprobatorios; bastará con esponer unos cuantos.

---

(1). Levy-Bruhl. 116.

Un comerciante de Concepción tuvo que hacer, por motivos comerciales, un viaje hacia el este de Victoria, a una propiedad distante como cuarenta kilómetros. Cuando regresó a este pueblo, notó que había dejado por olvido algunos documentos de banco en uno de los muchos sitios en que se había detenido para guarecerse de un sol de verano i descansar de la fatiga de una marcha a caballo, no acostumbrada para una persona de pueblo. Habíalo acompañado en calidad de mozo un indio joven que alguien le había buscado. Envió a éste en busca de sus papeles. Fuése deteniendo el mapuche uno por uno en las diez partes o más en que habían hecho alto, en un camino cubierto de bosque por los dos lados. En un sitio próximo a la propiedad de donde habían salido de regreso a Victoria, halló los papeles sobre un madero que había servido de asiento al comerciante (1).

En otra ocasión, i hace de esto pocos años, salió a cazar en Temuco un joven francés empleado de comercio. Retiróse a varios kilómetros por los bosques i colinas que se estienden al sureste de la ciudad. Al seguir una pieza herida, se le adelantó demasiado el perro perdiguero i se perdió. Inútiles fueron los gritos, silbidos i trajines; el perro no aparecía. Sin esperanza de recuperarlo, se fué a descansar a una choza de indios i contó a uno la pérdida del animal. Le encargó que lo buscara i le ofreció cinco pesos de gratificación si lo hallaba. Quedó de pasar a la vuelta de su partida de caza. El indio exigió que se le indicara el punto donde se le había adelantado

---

(1) Informe dado al autor por el vecino i alcalde de Victoria don Pedro Ponce de León, en 1894.

el perro. «Lo buscaré, le dijo; pasa a la vuelta». Siguió en seguida el rastro hasta que a distancia de tres o cuatro kilómetros llegó a una *ruca* i disimulando la comisión, vió al perro amarrado a un horcón. Al regreso del dueño, el indio le dijo: «Allá en aquella casa está tu perro amarrado». Fué a buscarlo i pudo recuperarlo sin dificultad. Los indios lo habían laceado en la mañana (1).

La memoria auditiva, aunque inferior a la visual, se manifestaba bien desarrollada también. Les bastaba, a hombres i mujeres, oír una sola vez los recitados de sus canciones para repetirlos en seguida. Han sido famosos sus recaderos o *werken*, los cuales repetían sin olvidar una sílaba el mensaje que un cacique enviaba a otro o a las autoridades españolas o chilenas. Para no perder palabra ni pensamiento, repetían por el camino el mensaje que habían recibido con la entonación i las particularidades de un discurso.

Sin duda que en la dilatación de la memoria topográfica ha entrado como causa ontojénica, fuera de la psicológica, el hábito o la repetición del recuerdo. Desde jeneraciones remotas la memoria se ha activado con las marchas por el territorio, con el recorrido de las costas, montañas i selvas, con la rebusca de la caza, de la pesca i los frutos silvestres. Así se formaba el hábito, que se conservaba por la trasmisión hereditaria. Hubo estímulos visuales dilatados en el tiempo.

Si la memoria llamada actual o inmediata (retención), que mira a hechos recientes, se manifiesta en el indio bien formada; la que fija las cosas trascurri-

---

(1) Incidencia narrada al autor por el mismo joven francés.



das hace tiempo (fijación o sedimento) aparece débil. No puede fijar sin incurrir en error su propia edad; ni menos los sucesos que se alejan del presente; el recuerdo del pasado se borra con facilidad i apenas alcanza a dos o tres jeneraciones. Había, es cierto, recitadores de cuentos, jenealogías familiares i de las prácticas judiciales o del derecho consuetudinario, pero eran individuos adiestrados desde niños i mecánicamente a esta dedicación.

Es preciso no olvidar que el tipo visual araucano correspondía al mismo de todas las agrupaciones indígenas del continente.

Los araucanos del siglo XVI, ya en un grado de cultura superior a las jeneraciones totémicas o mui próximas a esta constitución social, disponían de un caudal numeroso de conceptos más o menos semejantes a los nuestros; pero tanto ellos como las comunidades que les siguieron conservaron los rasgos esenciales de su mentalidad, o bien la cualidad de prodijio que acompañaba a los objetos i la formación de sus conceptos conforme a su lógica especial. Estos caracteres tenían que manifestarse en las funciones de su intelijencia.

El indio abstraer a veces en armonía con estas leyes de su mentalidad. Esa función de su entendimiento no es, pues, la abstracción lógica nuestra.

La atención estaba orientada, asimismo, de otro modo que la nuestra, como se ha repetido en estos capítulos: junto a las cualidades visibles de las cosas, para el indígena había propiedades ocultas, intanjibles i misteriosas. En éstas i los detalles se detenía más el indio que en los hechos internos i complejos.

Tampoco los procedimientos de la jeneralización se verificaban tal como los concebimos de ordinario. El vocabulario está lleno de términos que representan imájenes jenéricas, como lugar, jefe, hombre, mujer, animal, etc., pero la jeneralidad de esos términos es indiscutiblemente restringida. Diferenciada de la nuestra aparece además la jeneralización indijena por llevar el sello de lo misterioso i su lójica especial. El indio consideraba como una misma cosa la cosecha abundante i ciertas ceremonias obligatorias que aseguraban el rendimiento; la acertada construcción de la casa i otros actos de alcance májico o sagrado. Son estas representaciones inseparables ejemplos de la jeneralización araucana. Es otro caso de jeneralización considerar la pluma del cóndor con las mismas propiedades del ave completa.

La clasificación indijena tampoco se opera como en la lójica nuestra. Los árboles, por ejemplo, se clasifican por su uso práctico, de leña, de carretas, yugo, etc. Ellos mismos se clasificaban no por sus caracteres esternos sino por su situación, como del mar, de arriba, de abajo, la cordillera, el llano.

Las operaciones psicológicas, aparte de los dos elementos propios de la mentalidad indijena, funcionan de modo diverso también de nuestra actividad intelectual. Así, la atención de los indios no es sostenida, i no sabe observar sino en un campo mui restringido. Aparece en él disminuída la atención voluntaria o del esfuerzo voluntario. La atención hacia las ideas o reflexión es mucho más rebelde que la del espectáculo esterno. En jeneral, la aten-

ción del bárbaro se revela de menor profundidad que la del civilizado.

La asociación de ideas está limitadamente desenvuelta. La ideación es muy simple i falta, o bien aparece reducido el caudal de palabras que encadena la asociación. Con el escaso bloque de sus ideas, realizan con más frecuencia las asociaciones por semejanza que las por contigüidad o contraste. En resumen, en el araucano se nota debilidad asociativa; el tipo de sus asociaciones es el mecánico o proveniente del hábito.

La imaginación del indio no guarda paridad con la del hombre culto. Falto el primero de representaciones abundantes i de la capacidad de combinarlas múltiplemente, posee una imaginación deficiente, desprovista de crítica. Carece de imaginación creadora. Sin embargo, posee una gran tendencia a la fabulación, a las narraciones fantásticas i maravillosas.

Este retraso de los indígenas, antiguos particularmente, se destacaba sobre todo en aquellas manifestaciones primordiales de la vida intelectual de las sociedades que no han salido de la barbarie.

Estaban los araucanos poco desenvueltos en lo que concierne a la industria, que se limitaba a la confección de armas, utensilios domésticos, de caza i agricultura. Casi toda esta labor pesaba sobre las mujeres. El trabajo no estaba dividido: para hacer un lazo, el mismo individuo comenzaba por estacar el cuero hasta trenzar las correas. La industria requiere una vida sedentaria, que el araucano evitaba antes, i esfuerzos de observación i asociación de que carecía también.

No eran expertos en el arte de alumbrarse. Su procedimiento para hacer fuego no salió de la frotación de dos palos i no conocieron hasta después de la conquista el de la percusión. La cocción la hicieron primitivamente por medio de piedras caldeadas i metidas en un tiesto con agua.

Ignoraron la metalurgia. Se procuraban el fierro i la plata, que aprendieron a fundir, por via de cambio.

Su cerámica no salió de lo rudimentario; la adornada fué de tiempos más o menos recientes.

Los indios de la edad de piedra i de la conquista fueron menos hábiles para cultivar el suelo. Sus instrumentos consistieron, hasta la adopción de puntas de fierro, en palos aguzados, piedras agujereadas i una especie de palas. Sembraban en hoyos i rasgaduras superficiales. No supieron utilizar los animales.

Su sistema numérico revelaba igualmente un desarrollo de intelijencia un tanto limitado. Era la numeración decimal i muchos de sus términos pertenecían a los peruanos. En la práctica llegaban con dificultad a dos mil. Sin períodos cronológicos, no tenían noción precisa del tiempo; medían los días por soles i los meses por lunas. Señalaban las estaciones por los calores, las lluvias, las siembras, la brota de la vèjetación i las cosechas. Llevaban sus cuentas en hilos con nudos, imitación también de los peruanos.

El mecanismo de la intelijencia araucana se dejaba notar con especialidad en su razonamiento, que no obedecía a las mismas leyes que el nuestro. Ercilla, que no conoció, como es natural, las manifestaciones esenciales del sentimiento i de la inte-

lijencia de los indios, no supo dotarlos de su peculiar idiosincrasia para hacerlos pensar i razonar con propiedad étnica o de raza i no como españoles.

Un rápido estudio del raciocinio indíjena nos llevará con facilidad a esta conclusión.

El indíjena no razona como los miembros de los agregados sociales más civilizados. En ambos son diferentes las representaciones, las asociaciones de ideas, la memoria, la imaginación i otros actos del entendimiento.

Para hacer más palpable todavía esta diferenciación, agreguemos otros pormenores a los ya espuestos sobre sus operaciones intelectuales.

Uno de los motivos que diversificaba su atención de la nuestra consistía en que veía más de lo que miraba, porque daba por visto lo que sólo imaginaba o infería. Incurría en lo que los lójicos han llamado falacia de observación. Las propiedades que llegó a considerar esenciales fueron las misteriosas i ocultas, fuente de sus síntesis emocional, con desprecio de otras. La minuciosidad de la observación se concretaba a ciertos detalles, como los movimientos, los contornos i la situación. No descubría los rasgos peculiares de las cosas o eran de la más aparente superficialidad.

Aparecía nula o bien escasa su capacidad para la síntesis o sea para adicionar continuamente cualidades, atributos o caracteres. Se manifestaba refractario a la experiencia, que es necesaria para el desarrollo completo del concepto. Nuestros conceptos son inestables porque se corrijen con la experiencia, ilimitada en sus manifestaciones; los del indíjena no estaban sujetos a la corrección i revisión; tenían más estabilidad.

La noción de la experiencia o sean los motivos que nos deciden a admitir o no como real una cosa, no tiene fuerza para el indíjena; no tiene necesidad de esta experiencia para atestiguar las propiedades ocultas de los seres i objetos. El fracaso de sus representaciones no le corrije en absoluto; una práctica mágica sin efecto no lo desanima para seguir aceptando lo que se acepta desde las jeneraciones ancestrales.

No podía abstraer como el pensamiento culto, el cual, enriquecido con nuevas concepciones, es más amplio en este sentido.

Por la clase de su percepción, sus nociones o ideas generales no pasaban de un escaso caudal.

Su jeneralización aparecía, en consecuencia, prematura i superficial. La lójica de la inducción ha tenido que ser defectuosa i restringida en el indio, si las inducciones son jeneralizaciones de la experiencia.

No poseía la facultad del análisis, que es la esencia de la observación. Su escasez de conocimientos i de cultura mental lo hacían incurrir en falacias de análisis.

En la estructura mental del indíjena entraban tres elementos que faltan en el civilizado: la acción de lo misterioso, la trabazón errónea de sus representaciones i su impermeabilidad a la experiencia, que solamente se aminora cuando ha ido haciendo el ascenso lento de la civilización.

Un investigador de amplia vista en el examen de las operaciones intelectuales de las razas retrasadas, ha llamado «prelójica» a su mentalidad, a falta de otra espresión satisfactoria, no porque sea anterior al pensamiento lójico, sino porque no se preocupa como el nuestro de abstenerse de la contradicción.

Obedece primeramente a la lei de la participación o sea a la trabazón absurda de las representaciones colectivas i a la comunicacion de propiedades.

«La lójica naciente es bruta i frustrada; el razonamiento primitivo es al razonamiento de los lójicos, como los instrumentos de la edad de piedra son a nuestros útiles mejor perfeccionados» (1).

Por lo tanto, las producciones intelectuales de los araucanos que dependen de las asociaciones complejas, como el juicio i el racionio, se resienten de alguna lentitud i de escasos resultados. Son capaces de formar juicios relativamente bien elaborados i amplios en cierto orden de reflexiones; pero de ningún modo el razonamiento lójico i consecuente de la intelijencia cultivada por el estudio o el medio, que percibe toda clase de ideas i sus relaciones próximas i remotas. Para espresar sus ideas concretas i sus inmediatas relaciones le bastaba al indíjena el uso de la razón.

En el razonamiento del araucano se nota aun parte del contenido de la intelijencia llamada de percepcion. Sin la complejidad del nuestro, por lo común abarcaba uno solo o mui pocos asuntos, sin detenerse lo suficiente en los de importancia capital para discurrir sobre los detalles. Le faltaba igualmente de ordinario la conexión lójica de las ideas.

No emplean jamás la forma silojística del razonamiento.

Hemos observado estas características del racionio araucano en sus discursos, los cuales, saliendo de los moldes vulgares i domésticos, dan lugar a fun-

---

(1) Ribot, prefacio al libro *La logique morbide* de Varchide. y Vurpas, páj. 7.

ciones más completas i elevadas de su intelectualidad. Hemos estudiado, además, el razonamiento araucano en muchos jóvenes educandos de los liceos de Angol i Temuco, lo que nos ha permitido investigar cómo comprenden, juzgan, imaginan, deducen, etc., esto es, qué extensión i peculiaridad tiene su inteligencia.

El contacto de la sociedad civilizada mejora por cierto el mecanismo del razonamiento de los individuos que permanecen alejados del ambiente indígena, tan envuelto en las transmisiones ancestrales. Un grado un tanto más alto de progreso intelectual se ve en los mestizos, principalmente cuando reciben el aporte de la educación de colejo o del medio culto, pero entonces crece en ellos el concepto abultado de sus facultades intelectuales, presunción que los lleva a una fatuidad o pedantería excesiva.

Con la esposición de los datos que anteceden podemos llegar a la conclusión de que, diferenciándose hondamente araucanos i españoles en naturaleza i en las propiedades del entendimiento, han de ser también diferentes los métodos empleados para reproducir sus modos de pensar i de vivir.

Ercilla no alcanzó a penetrar en el fondo de la mentalidad de la raza que quiso caracterizar, sea porque en su época no existían los métodos analíticos de ahora, sea porque fué hasta cierto punto corta su permanencia entre los araucanos i limitado su trato con ellos. Sin este motivo último-particularmente no habría aplicado a los indios los rasgos de su propia psicología o de los habitantes de su país.

Incurrió el poeta en el error que llaman los tratadistas de lógicas falacia de jeneralización, pues no se



puede aplicar razonable i científicamente la mentalidad de un pueblo a otro, como si en todas partes pensarán, sintieran i obraran los hombres de igual modo.

Los discursos de los protagonistas indios del poema de Ercilla transparentan antes que todo la idiosincrasia española. Tomemos uno cualquiera para cerciorarnos de esto; sea el de Caupolicán en una junta de caciques:

Bien entendido tengo yo, varones,  
para que nuestra fama se acreciente,  
que no es menester fuerza de razones,  
mas solo él apuntarlo brevemente;  
que según vuestros fuertes corazones,  
entrar la España pienso fácilmente,  
i al gran emperador invicto Carlo  
al dominio araucano sujetarlo.

Los españoles vemos que ya entienden  
el peso de las mazas barreadas,  
pues ni en campo ni en muro nos atienden:  
sabemos cómo cortan sus espadas,  
pero al término justo i plazo puesto  
llegó la demás jente, i todo a punto,  
los principales hombres de la tierra  
entraron a consultar a uso de guerra.

De vuestro intento asegurarme quiero,  
pues estoi del valor tan satisfecho,  
que gruesos muros de templado acero  
allanaréis poniéndoles el pecho:  
con esta confianza, yo el primero

seguiré vuestro bando i el derecho  
que tenéis de ganar la fuerte España  
i conquistar del mundo la campaña.

La deidad de esta jente entenderemos,  
i si del alto cielo cristalino  
desciende, como dicen, abriremos  
a puro hierro anchísimo camino;  
su jénero i linaje asolaremos:  
que no bastará ejército divino  
ni divino poder, esfuerzo i arte,  
sí todos nos hacemos a una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo,  
no puede mi intención más declararse:  
aquel que me quisiere por amigo,  
a tiempo está que puede señalarse:  
téngame desde aquí por enemigo  
el que quisiere a paces arrimarse.  
Aquí dió fin, i su intención propuesta,  
esperaba sereno la respuesta.

El jefe indio, tan idealizado en el poema, reflexiona i discurre aquí i en todas las ocasiones en que entra en acción con la mentalidad europea. La elección de los pensamientos, su gradación, su engranaje, solidez i afectos que espresan, obedecen a las normas de una lójica evolucionada i no rudimentaria.

En las manifestaciones de la intelectualidad femenina hai que agregar a la coherencia lójica de los pensamientos los afectos delicados i sentimentales de la mujer española del siglo XVI, sin ninguna o mui

pocas analogías con el amor fisiológico i la emoción sexual de la araucana.

En la esterioridad del discurso habría que agregar además algunos reparos que indican la ausencia de fidelidad en los del poeta. Los discursos araucanos han sido siempre dialogados i nunca con el corte de monólogo. Un individuo se coloca al frente del orador para auxiliarlo en la esposición de sus pensamientos, afirmar su exactitud o rectificarlos si es necesario. Los espectadores, colocados alrededor, tienen libertad para lo mismo, ejercitada con alguna parsimonia. El tono oratorio variaba también, pues en cada oración se alargaban los sonidos de las palabras finales.

Para analizar el poema de Ercilla conviene no perder de vista los fines que se propuso i los medios de que se valió. El primero ha sido tratado ya, quizás con exceso, por tantos analistas: es el de la estética, de la belleza por medio de la palabra, fin de toda obra literaria i cumplido aquí, en el sentir de todos, con maestría sin igual. Se proponía al propio tiempo dar una enseñanza a sus contemporáneos sobre la historia de nuestra conquista.

Los medios consistieron en poner en acción a los personajes españoles i araucanos como sujetos de la historia. Si la ejecución de la parte artística fué brillante, la de la otra, la que podríamos llamar didáctica, no tuvo la misma suerte; pecaba por falta de fidelidad en los caracteres o, en otros términos, estaba en contradicción con los datos de la ciencia.

El escritor boliviano don René Moreno, que estuvo al servicio de Chile como profesor de literatura, había estudiado con detención la mentalidad de los aborí-

jenos de su país. Enseñaba a sus alumnos del Instituto Nacional, a propósito de *La Araucana*, que nuestros indígenas de ese siglo aparecían lógicos en sus discursos, como los españoles, siendo que la mentalidad de éstos superaba en antigüedad a la de aquéllos en muchos siglos. Ercilla, decía, para hacer su trabajo como poeta, de la belleza por la belleza, fantaseaba los hechos e incurría en un error preceptista.

No anduvo Ercilla con el mismo acierto del autor de Don Quijote al idear sus personajes. Cervantes con una vista psicológica genial, intuitiva, dió una mentalidad a su héroe que guardaba perfecta concordancia con su lenguaje i sus acciones. El caballero andante padecía de la psicosis llamada paranoia, un trastorno fundamental que se percibe en el enfermo, en cuyo entendimiento, memoria i continente nada puede advertirse. Sus ideas de persecución, la exajerada apreciación de sí mismo, el concepto ilusorio del mundo, la interpretación fantástica de los sucesos corrientes, los olvidos de los descabros, son los caracteres jenerales de esta locura. Cervantes movió a su héroe sin olvidar en ninguna ocasión los rasgos patológicos que lo caracterizaban.

Sobre las formas del razonamiento araucano obraban además el modo de pensar colectivo i la masa enorme de sus sentimientos, que desarrollaremos en los párrafos que siguen.

(Continuará)